

## **Tercera parte**

### **Capítulo 13**

#### **El papel de los sindicatos en la democratización del capitalismo**

Actualmente, la tarea más importante de la civilización es convertir a las máquinas en lo que deberían ser, en los esclavos en lugar de los amos del ser humano.

Havelock Ellis, 1921

Los sindicatos obreros norteamericanos están en una posición ideal para defender la causa de la democratización del poder económico en todos los aspectos excepto en uno, pues se han entorpecido con una idea básica equivocada. Irónicamente, esta idea errónea constituye el corazón emocional de la ideología del sindicato obrero, así como la premisa de la política económica nacional de pleno empleo (de mano de obra), que era ya un anacronismo en el momento en que adoptó de manera formal, a insistencias del movimiento obrero organizado, en 1946.

El error del sindicato es sencillamente el que esperamos haber expuesto y corregido en este libro: la creencia de que el capital amplifica místicamente la "productividad" (que implica la capacidad productiva) de los trabajadores que no poseen ningún interés en él. En este pensamiento está implícita la idea de que no importa quién posea el capital, mientras haya mucho disponible.

Este análisis erróneo de las realidades económicas de la vida ha saboteado el movimiento obrero organizado desde su creación en la Gran Bretaña del siglo XIX. Por un lado, los sindicatos han reconocido y combatido la injusticia económica impuesta por los avances tecnológicos al bajar los ingresos de la clase trabajadora. Por otro lado, se han visto obligados a luchar en esta guerra con armas que se han vuelto contra ellos mismos y cuya moralidad es moralmente discutible. La principal de ellas ha sido una forma de terrorismo, realidad o amenaza, que se ha utilizado para obligar al patrón a otorgar a los empleados que protegen una paga cada vez mayor que aquella que concedería un mercado libre competitivo para una aportación de trabajo cada día menor. En pocas palabras, por no comprender el cambio en naturaleza de la producción, los sindicatos, con un apoyo cada vez mayor del gobierno, han obligado a convertir a las empresas productivas de los sectores privado y público de la economía norteamericana en instituciones de asistencia pública.

Los sindicatos obreros de los Estados Unidos, que han tenido tanta influencia sobre la legislación destinada a elevar los ingresos de la clase trabajadora y a alcanzar los objetivos del bienestar social, estaban a su vez fuertemente influidos por los escritos de los socialistas evolucionistas europeos de los siglos XVIII y XIX, al igual que los fundadores políticos de este país tomaron sus ideas básicas de

las obras de los filósofos políticos europeos del mismo periodo.

Claro está que los inicios de estos socialistas se inspiraron en la devastadora pobreza y las insoportables condiciones sociales que engendraron los primeros choques de la Revolución Industrial y la consiguiente urbanización de Inglaterra y el resto de Europa a partir de mediados del siglo XVIII. Los principales filósofos del movimiento socialista 1 fijaron los términos de la controversia entre las convenciones y leyes de la propiedad privada sobre los bienes de capital, por un lado, y las reclamaciones del pueblo que sólo posee su fuerza de trabajo --su capacidad de trabajar--, por otro. Thomas Malthus habló en nombre de los propietarios y sus defensores en la Iglesia, las universidades y los juzgados:

Un hombre nacido en un mundo ya poseído que no puede obtener su subsistencia de sus padres hacia los cuales tiene justas exigencias, y cuyo trabajo no quiere la sociedad, no tiene derecho no a la más mínima porción de comida, y, de hecho, no tiene por qué estar aquí. En el gran banquete de la Naturaleza, no existe cubierto disponible para él. Ella le dice que se vaya, y él no tardar en cumplir sus órdenes.<sup>2</sup>

Naturalmente, los desposeídos reaccionaron repudiando una institución que les negaba hasta el derecho a la vida cuando éste entraba en conflicto con los intereses del propietario. Ellos elevaron la importancia productiva de su fuerza de trabajo, su única fuente de poder económico. Basándose en las ideas de los primeros socialistas ingleses, el Programa Gotha de los socialistas alemanes de 1875 planteaba lo siguiente como principio fundamental:

el trabajo es la fuente de toda riqueza y toda civilización, y como este trabajo de beneficio general sólo es posible a través de la sociedad, todo el producto del trabajo pertenece a la sociedad; esto es, como el trabajo es obligatorio para todo el mundo, todos los miembros de la sociedad tienen el mismo derecho a participar de manera igual del producto según sus necesidades razonables.<sup>3</sup>

Ninguno de estos estudiosos que forjaron la tradición socialista parece haber enfrentado la posibilidad, que Aristóteles fue el primero en contemplar, de lo que pasaría si los instrumentos de producción (las herramientas) llegaran a realizar su propio trabajo, obedeciendo, o aun anticipando, la voluntad de sus amos: ... si la lanzadora pudiese tejer y el plectro pulsar la lira sin mano que lo guiara, los capataces no requerirían sirvientes ni los amos esclavos."<sup>4</sup> Aristóteles vio claramente que si algún día se inventaran las máquinas autónomas, sus dueños producirían los bienes y servicios con ellas y los trabajadores humanos, que entonces eran esclavos, serían liberados.

Durante toda la historia, cuando la mano de obra fue (o pareció

ser) la fuente dominante de aportación productiva, el error de asumir que no existe más que una forma en que la gente puede participar en la producción y ganar un ingreso, cuando en realidad hay dos, no frustró de manera grave el funcionamiento de una economía de mercado. No hay duda de que, sin los trabajadores de mano de obra, los trabajadores capitalistas podrían producir muy poco --quizá nada--, exceptuando quizá algunos terratenientes que cultivaran frutos silvestres en climas especialmente benignos. Pero a medida que progresó la industrialización, fue también cierto que, sin los trabajadores capitalistas, no sería posible producir la mayoría de los bienes y servicios que proporcionan las economías modernas. Los trabajadores no pueden transportar personas o mercancías a través de grandes masas de agua, ni hacer que vuelen por el aire, ni tampoco perforar pozos de petróleo en la tierra o en el mar, fabricar metal, extraer minerales en grandes cantidades, producir sustancias químicas, tomar imágenes de rayos X, ni, en suma, producir grandes niveles de bienes y servicios en general.

### **El sueño imposible del movimiento obrero**

Desde sus inicios en el siglo XIX, los sindicatos obreros de los Estados Unidos aceptaron las ideas de los socialistas ingleses y europeos en general de los siglos XVIII y XIX, en el sentido de que las leyes y convenciones de la propiedad privada por necesidad imponían privaciones a los que no tenían más forma de obtener un ingreso que vender su fuerza de trabajo en un mercado donde el avance tecnológico no cesaba de socavar la demanda de mano de obra.

Sin embargo, no hay principio moral más aceptado que el del libre mercado: los individuos no deben exigir una paga cada vez mayor por un trabajo igual o menor a menos que las fuerzas del mercado incrementen la demanda de mano de obra. Pero la comunidad trabajadora también piensa que, mientras una persona esté haciendo bien su trabajo, su ingreso real debe aumentar de manera constante. Esta persistente promesa de una vida mejor y más descansada se ha inspirado en el desarrollo de la tecnología, que ha hecho que la producción de bienes y servicios sea cada vez más abundante y menos laboriosa. Dentro del contexto de la economía norteamericana, era inevitable que los sindicatos obreros esperaran que los salarios de sus miembros se elevaran de manera que les permitieran participar como consumidores en el espectacular crecimiento y progreso económico de la nación. Pero los sindicatos se echaron a cuestras una tarea imposible, sobre todo en los Estados Unidos: tenían que reconciliar las expectativas cada vez más altas de sus miembros con una simple moralidad de libre mercado, al tiempo que se adherían a la fórmula socialista que dice que sólo el trabajo produce los bienes y servicios, en una nación más apasionadamente defensora de la institución de la propiedad privada que cualquiera de Europa.

Para justificar sus demandas, los líderes persuadieron a la sociedad para que aceptara, o fingiera aceptar, el mito de la "mayor productividad del trabajo". En lugar de seguir a Karl Marx en la idea de que, ante la disminución de la demanda de mano de obra, la elevación de las ganancias de los patrones prueba que después de cierto número de generaciones tecnológicas el capital se reproduce de manera espontánea como el sol, ellos atribuyeron al trabajo el aumento de la producción, y exigieron una mayor compensación.

Honor a quien honor merece: los primeros socialistas fueron los primeros en tener la imaginación y la valentía suficientes como para ver y proclamar la promesa inherente de que la tecnología puede producir una riqueza general y formular una sociedad más justa y humana. Tenían razón en creer que la escasez material junto con el sufrimiento, la explotación y los conflictos sociales que promueve esta escasez puede abolirse si se utiliza sabiamente la tecnología. Fueron los primeros en poner el tela de juicio el carácter inevitable de la pobreza, la ignorancia bruta y la guerra; en tratar de enfrentarse a la tiranía, la desmedida codicia industrial y el nacionalismo egoísta.

Esa visión de inspiración industrial que habla de un nivel económico de vida cada vez más alto, que contemplaron y trataron de imponer en la sociedad por primera vez los filósofos socialistas evolucionistas, y luego llevó por fuerza a la práctica la legislación laboral y de asistencia social junto con la aceleración de las actividades de los sindicatos obreros durante los últimos sesenta años no sólo es realizable, sino que, de hecho, hace mucho que debió llevarse a cabo. Los sindicatos pueden cumplir con el papel al cual siempre han aspirado en esa transición que se requiere de manera tan desesperada. Pero primero deben adoptar una estrategia sensata adaptada a las realidades económicas de la vida. Si bajo las condiciones del libre mercado el 90 por ciento de los bienes y servicios se producen por aportación del capital, entonces el 90 por ciento del ingreso de los trabajadores debe llegarles como salario de su capital y el resto como salario de su trabajo de mano de obra. Ya hemos demostrado que esto es factible. Es más, creemos que es inevitable. La única cuestión está en saber si los sindicatos ayudarán en este movimiento o si, al negarse a aprender, a cambiar e innovar, perderán toda su importancia.

La lección que nos da la economía bifactorial es que la salvación política y económica de la mayoría descapitalizada se encuentra en extender y aplicar las leyes e instituciones de la propiedad privada, y no en derrocarlas o socavarlas aún más por medio de una redistribución de inspiración socialista, que repudian actualmente los norteamericanos. El movimiento obrero organizado tiene una posibilidad sin precedentes --una segunda oportunidad-- de cumplir con su destino.

Los sindicatos deben reestructurarse como sindicatos de productores que representen a miembros que sean a la vez

trabajadores capitalistas y de mano de obra; personas cuyos derechos de propiedad en ambos rubros deben ser protegidos por igual; personas que consideren el trabajo de producir bienes y servicios no como una guerra económica entre los trabajadores manuales y los administradores, sino como una pacífica actividad cooperativa que debe llevarse a cabo por medio de dos agentes que tiene que poseer todo aquel que desee ser consumidor. Una nueva generación de líderes sindicales debe dirigir el movimiento obrero organizado en esa dirección. En lugar de buscar una mayor paga y beneficios adicionales de tal manera que sólo se logra perder estas ganancias con mayores precios al consumidor, impuestos más elevados, una menor riqueza, balanzas comerciales adversas, y una pérdida de libertad y democracia, los líderes de los nuevos sindicatos de productores deben obtener su liderazgo de manera tal que sus representados, y la sociedad completa, se beneficien como productores, al liberarse de los impuestos redistributivos, al combinar la autonomía económica con la democracia política para volver a forjar una verdadera sociedad democrática.

Si se enfrentan a este reto, los sindicatos obreros ampliarán sus funciones, revitalizarán su representatividad, y revertirán su decadencia de manera espectacular.

### **Notas**

1. Ver Anton Menger, The Right to the Whole Produce of Labour (London: McMillan & Co., Ltd., 1899; remigration por Augustus M. Kelley, New York, 1970). Estos fueron William Godwin (Inglaterra, 1756-1836), Charles Hall (Inglaterra, c.1745-1825), William Thompson (Inglaterra, c. 1783-1833), Claude Henri de Rouvroy Saint-Simon (Francia, 1760-1825). Robert Owen (Escocia, 1771-1858), Pierre Joseph Proudhon (Francia, 1760-1825), Karl Johann Rodbertus (Alemania, 1805-1875), Karl Marx (Alemania, 1818-1883), Louis Blanc (Francia, 1811-1882) y Ferdinand Lassalle (Francia, 1825-1864).
2. Ibid. p. 4. Menger observa que este famoso pasaje, que apareció en la segunda edición de Malthus, An Essay on the Principle of Population publicado en 1803, fue omitido por el autor en la tercera edición de 1806 así como en las posteriores.
3. Ibid., p. 107.
4. Aristóteles, De la política, Libro I, Capítulo 4. Ver Louis O. Kelso y Mortimer J. Adler, The Capitalist Manifesto (New York: Random House, 1958), p. 26.